Luis González López

ALONDRA

POEMA ESCÉNICO EN UN ACTO, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PRADO, 24

1920



ALONDRA

POEMA ESCÉNICO EN UN ACTO Y DOS CUADROS

ORIGINAL DE

Luis González López

AC

Estrenado en el teatro EL NORTE, de Jaén, el 7 de septiembre de 1920.

JAÉN
GREGORIO CRUZ, IMP., LEÓN Y LLERENA, 17
Teléfono 188 y 248

1920

A Teodora Moreno
y a José Gámez.

El talento artístico de ustedes, mis queridos amigos, y la bondad con que celebraron el propósito escénico de mi obra, pusiéronla a salvo de un seguro fracaso: el que tienen todas las obras de arte desamparadas por el actor o actriz que pueden darles vida ideal o realidad viva.

Por deber, por gratitud y por reflexiva y cordial admiración se la dedico, en la seguridad de que ustedes le dispensarán siempre cariñosa preferencia.

Luis González López.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SACRAMENTO	Teodora Moreno.
ALONDRA	Luisa Gámez.
PEDRO LUIS	José Gámez.
ANGEL	Joaquín Puyol.
MIGUELÓN	Francisco P. Albéniz.

ACCIÓN CONTEMPORÁNEA
EN UN PUEBLO

PRÓLOGO [1]

Compromiso inexcusable del viejo faraute que, en otro tiempo de más idealismo, salía a recitar el prólogo, afanoso de aquistar, de antemano, simpatía para los autores de farsas y bolos, obliga al que aquí os trae su cancionero, a presentarse ante tan distinguido auditorio; y bien sabe Dios que con estas sus primeras palabras va su temor de consuno.

Preferiría yo loar lo que otro hiciera; preparar el ánimo vuestro en interés que no fuera el mío; ser el que va delante imaginando discretos ditirambos con que enaltecer la obra ajena; pero es fuerza, sin duda, que llene yo mi papel aun a trueque de alguna torpeza que vuestra bondad disculpará de vero.

Yo soy aquél de quien *Fígaro* dijo mortificantes ironías y descubrió adoloridas intenciones: soy el autor. Mirando hacia dentro, un hombre entretenido, siempre o casi siempre, en sorprender inquietudes espirituales; al exterior, y frente a la vida, un iluso de quien los demás pueden juzgar su despreocupación.

Achaque de mi ánima, o el simple vagar de la propia melancolía, hiciéronme entrar en ese triste privilegio que los poetas tienen de mirar las cosas con ojos desfigurados por el ensueño. Sin embargo, sé de la realidad y conozco de la vida cuanto puede interesar a un hombre, por añadidura factor, siquiera sea

(1) Recitado por el autor, la noche del estreno. A telón corto, puede recitarlo cualquier actor.

modesto, en el oficio de hacer comedias que el batihoja Lope de Rueda ideó para su provecho; oficio, arte, destreza... o como quiera llamársele, que para todos los paladares tiene la fruta, ni tan codiciable como suponen, ni tan deleznable que no resista el envite irreflexivo de algunos pobretes que sin armas ni bagaje literario, asaltan el tinglado y ponen su adarve en él, como si el toque de escribir no precisara largo e ilusionado aprendizaje.

Acaso sea yo de éstos; a vuestra consideración queda apreciarlo. De cualquier modo, no será inoportuno recordar ahora aquellas sentenciosas palabras del taciturno *Hamlet* a los cómicos: «...porque todo lo que es afectado, se aparta del propósito del arte escénico, cuyo fin, ahora lo mismo que en sus comienzos, ha sido y es, como si dijéramos, sostener a la Naturaleza el espejo en que se está mirando, mostrar a la virtud su propio rostro, al escarnio su propia imagen, y a cada edad y tiempo su forma y pesadumbre...»

El príncipe *Hamlet*, no obstante la divina manía de su monólogo eterno, hubiera reído, a reventar, con los trucos y donaires de la comedia moderna, echando de menos la grandeza de los caracteres y viendo transformado el antiguo genial bufón en juglar de boca o péñola, bien avenido con los usos y mudanzas de este tiempo.

Hartura de tristezas tiene la vida para venir al teatro a continuarlas, sí, es cierto; pero siquiera, ya que otra cosa no, en vez del chiste que no tiene quilates de ingenio, demos al alma lo que ella pide en momentos de misericordia, de paz, de infinito amor por las mismas tristezas de que nos dolemos.

Pronto veréis cómo el poema que os presento,

antes copia la realidad que la desfigura. Versa sobre el ídolo eterno, la mujer, y hay en él delicadas lágrimas, un propósito de ternura que se funda en el amor a los hijos, más fuerte, más puro y más limpio que ninguno. Que,

«Un hijo es el amor hecho carne fragante,
es la esencia del madrigal
que en nuestra juventud perfumada y distante
dijimos a la amada virginal.»

Desconozco si mi obra tiene lo que llaman teatralidad, es decir, engañosa mentira. Escuela de buenas costumbres es el teatro, y a darle vida a su germen debemos de ir todos: unos, los autores, porque renuncien al fácil logro del aplauso y del interés; otros, los espectadores, porque piensen, durante una pausa ennoblecedora de emoción, lo triste que sería irse del mundo sin haber dejado en él, con la vida, eflorescencias de sentimiento y de belleza.

Mi *Alondra* significa que otras Alondras pueden oponer su ingenuídad al arrebato de pasión de una mujer en camino de deshonor; dice que el cariño a los que son nuestra alegría, es la única ley moral que impide la mancha sobre ellos, cuando el amor de seducción canta en el oido de una mujer buena...

Y dice también . . Pero vosotros juzgaréis mejor. El intento es generoso; si el acierto en expresarlo merece vuestra aprobación, el autor saldrá de este encogimiento y os deberá rendidas gracias.





ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Jardín con fachada de una casa pobre. Está Pedro Luis sentado en un banco rústico, entre macizos de flores, cerca de una fontanilla rumorosa. Entran y salen, apareciendo y desapareciendo de la escena, correteando el uno detrás del otro, Alondra y Miguelón. Ríen, ríen gozosamente, mientras Pedro Luis les observa y sonríe.

ALON. ¡Ea, que no quiero!...

MIG. ¡Que sí, que sí!... ¡Ju, ju, ju!...

ALON. (Remedando el reír del tonto) ¡Ju, ju, ju!... ¡Quieto, Miguelón! ¡Ea! ¡Mira que me enfado!...

MIG. ¡Ju, ju, ju!... (Se tira en el suelo) ¡La señorita!... ¡Ju, ju, ju!...

P. LUIS (Afable) No os cansáis.

ALON. (Recogiéndose graciosamente los tirabuzones) Pero calla, papá, si tú no sabes! (Se acerca a él) Miguelón estaba roncando debajo del eucalipto.

MIG. Me quedé dormío... tenía mucho sueño...

P. LUIS La siesta ya pasó.

MIG. ¡Si lo sé! Pero me se cerraban los ojos y un pesor en la cabeza... Toavía zumban los tábanos... En esto que la señorita... ¡Ju, ju, ju!... ¡Qué graciosa es!...

P. LUIS Y tú que buenazo.

ALON. Nada, que me asomé a ver si estabas aquí y me lo veo a él tumbado como un muerto, boca arriba, ronca que te ronca.

P. LUIS — Alguna travesura le harías, ¿verdad, Miguelón?

MIG. — (Frotándose los ojos) ¡Ca, no señor! Que como la señorita me encontró así, pues... lo que se diría: «Vamos a despertar a este bruto», y empezó hacer ¡uuuu! .. lo mismo que los morcardones y a hurgarme con un palotillo en las orejas.

ALON. — La gracia es que de verdad se creyó que era un abejorro... ¡Y se daba unos manotazos!... (Ríe a carcajadas).

P. LUIS — ¡Diablura!... ¿No ha venido mamá?...

ALON. — Cuando yo salí a buscarte, hace cosa de un momento, no estaba. Creo que hoy se tardaría, según dijo, por que tenia que entregar en casa de don Fermín. Es miércoles.

P. LUIS — ¡Ah!...

ALON. — Ya sabes que la señora no perdona este día.

P. LUIS — Capricho de la señora. El caso es que... Bueno, chiquita, anda a ver si está mamá.

ALON. — (Se dirige a la derecha, segundo término) Mejor es que vaya Miguelón. (Vuelve)

MIG. — Lo que manden. (Sale)

P. LUIS — ¡Que siempre ha de ser lo que tú quieras!...

ALON. — (Mimosa) No me regañes, papá. ¡Si supieras que no me gusta verte solo!...

P. LUIS — ¿Por qué, bobita?

ALON. — Porque no.

P. LUIS — ¡Buena razón!...

ALON. — ¡Pues porque no!... Mira, ya han abierto las azucenas.

P. LUIS — Esta mañana.

ALON. — ¿Esta mañana?...

P. LUIS — Sí, niña. Tú, como eres poco madrugadora... Cualquiera dirá que te llamas Alondra.

ALON. — ¡Qué tiene que ver!...

P. LUIS — Nombre de pájaro, el más bonito que puede imaginarse. Las alondras anuncian el nuevo día y son las primeritas en gozar de la glo-

ria de Dios. Tu abuela también se llamaba Alondra.

ALON. Pues yo hubiera preferido otro nombre, por ejemplo Rosa María, Sacramento como mamá, o Paquita...

P. LUIS Ninguno como el que tienes.

ALON. Si... ¡Alondra, Alondra!... No es feo, pero es muy raro. (Le mira en los ojos) Oye, tú has llorado.

P. LUIS ¿Yo?...

ALON. !Tú, tú!...

P. LUIS Suposición tuya. ¿A santo de qué iba yo a llorar, criatura?. .

ALON. No sé nada, pero tú has llorado.

P. LUIS ¿En qué lo conoces, vamos a ver?...

ALON. ¡Sí, que como es la primera vez!... Papá, ¿qué te pasa?... Siempre estás pensando cosas tristes. Y mamá igual que tú. Sois dos personas muy cariñosas, pero muy serias. No te he oído nunca reir. ¿Por qué no te ríes?...

P. LUIS (Entristecido) Porque no puedo.

ALON. ¿Y tanto se necesita para eso?

P. LUIS Poder... tener gana... que haya motivo...

ALON. Miguelón y yo nos reímos de cualquier bobada: una palabra mal dicha, un susto...

P. LUIS Sois dos inocentes; tú, una cabecita loca; él, un bendito. Todo lo que tiene de cuerpo, tiene de poca malicia.

ALON. Bueno, yo lo que quiero es verte contento. ¿No me quieres?...

P. LUIS ¡Qué pregunta!... Muchísimo. ¡Si no fuera por tí!...

ALON. Algunas veces no dejas que te hable, sobre todo cuando te encuentro así como tú te pones... igual que si miraras algo que hubiera en el aire.

(Sonríe Pedro Luis)

P. LUIS Es la imaginación, hijita.

ALON. ¡La imaginación!... Pues... ¡déjala!...

P. LUIS ¡Angel de Dios!... ¿Qué sabes tú? (Le da un beso)

ALON. Lo que sé es que me da mucha tristeza que mi papá se pase las horas sin despegar los labios, calla que te calla, piensa que te piensa, y a lo mejor sin saber por qué, llora como un niño ¡Ea, que no! (Pedro Luis se enjuga una lágrima con la mano) ¿Lo ves?... ¡Qué tontísimo eres!... (Pausa)

P. LUIS Mira, Alondra. ¿No has oído nunca referir el cuento de «El viejecito de las tres jorobas»?

ALON. No. ¡Ay, eso debe ser muy bonito! Cuéntamelo.

P. LUIS A contártelo voy. Pues verás... Había una vez un hombre muy guapo del que estaban enamoradas tres doncellas: Risela, Cándida y Primorosa. Él no sabía por cual de las tres decidirse porque eran igualmente bellas y las tres modelo de honestidad; pero había una circunstancia en favor de la última, de Primorosa, y es que era muy pobre, mientras que las otras lucían brocados y poseían muchas riquezas. ¿Adivinarás lo que pasó?... (A un gesto de duda de Alondra) ¿No? Pues que se casaron y les nació una hijita blanca, Margot, con el pelo sedoso y los ojos negros, ¡como tú!

ALON. ¿Y le gustaban las flores?... ¿Jugaba mucho?... ¿Tenía muñecas?...

P. LUIS Despacito, despacito... Todo lo sabrás... Claro que a las niñas, a todas les gustan las flores y las muñecas y los juegos. Transcurrieron años y años y el hombre guapo se vió cierto día sorprendido por un acontecimiento desgraciado: le salieron en la espalda tres jorobas pequeñitas, como naranjas... ¡Qué desconsuelo el de Primorosa!... ¡Un hombre tan hermoso! Pues de todas partes

lo arrojaban, negándole el trabajo; de donde resulta que el infeliz tuvo que abandonarse a la desesperación. Gracias a que Primorosa lo era de verdad, y se transformó en proveedora de la hacienda, y con sus manos de rosa, hilaba continuamente y bordaba cendales de seda para que no les faltara que comer.

ALON. ¡Eso, eso, lo mismo que mi mamá!...

P. LUIS Lo mismo. Y el hombre guapo fué haciéndose viejecito y arrugándose, siempre con sus jorobas a cuestas; y Primorosa no dejó de quererle hasta que se murió. ¿Te gusta el cuento?...

ALON. Bueno, pero no me has dicho nada de Margot.

P. LUIS ¿Margot?... ¡Ah, sí!... Que se casó también y fué muy feliz. Y se acabó.

ALON. ¿Tan pronto?...

P. LUIS Ya no pasó nada más.

ALON. ¿Y por qué le saldrían tres jorobas?

P. LUIS No sé. ¡Misterio!

ALON. ¡Pobrecillo!... Con una tenía bastante.

P. LUIS A lo que el Señor dispone, no hay más que conformarse. Yo lo que quiero que sepas, ya que tú me lo preguntas, es por qué me toma la tristeza algunas veces. A mí me pasa lo que al viejecito del cuento.

ALON. Justo. Con la diferencia de que tú no tienes sus jorobas.

P. LUIS ¡Peor!...

ALON. ¿Cómo peor?...

P. LUIS Sencillamente. Él podía andar y saltar a merced de su capricho; era ágil y no necesitaba la complicidad caritativa para moverse. Yo...

(Déjase vencer de la melancolía y llora)

ALON. ¡Pero, papá!... ¡No, eso no!... A mí me da mucha pena que tú llores... (Acongojada) Estás

malo ¿y qué vamos hacer? Tú eres primero... Mamá te quiere y trabaja por nosotros.

P. LUIS ¡Es una santa, una mártir!... Las mujeres, que han nacido para jugar al amor, no es justo que el infortunio las condene a la dura lucha del hombre. Uno sabe resistir; pero ellas... vosotras, no: es vuestro espíritu la misma ternura y vuestra carne, para castigarla con besos apasionados.

SACRAM. (Entrando) No está mal el discursito. He oido la parte final. «Uno sabe resistir...» (En tono de cariñosa reconvención) Pedro Luis...

P. LUIS Sacramento...

ALON. ¡Mamá, mamá! (Yendo a ella) Es menester que seas muy buena con él. (Sonríe Sacramento)

SACRAM. ¿Lo quieres tú?...

ALON. Sí.

SACRAM. Pues concedido. (La toma en los brazos y la besa fuertemente) Anda a jugar.

ALON. ¿Con Miguelón?...

SACRAM. Miguelón ha ido a llevar un recado.

ALON. Entonces...

SACRAM. Corta flores en el otro jardín y me las traes. Tenemos que hacer un ramo grande para enviárselo a las Hermanitas.

ALON. Corriendo. (Vase)

SACRAM. Y ahora... (Sentándose al lado de Pedro Luis) Convengamos en que eres un poquitín testarudo y no haces caso de mí. Voy a tener que corregirte como a las criaturas.

P. LUIS Mujer...

SACRAM. Nada, no; te martirizas y a mí me haces sufrir.

P. LUIS Déjame, siquiera, que llore mi desgracia.

SACRAM. La de los dos; porque no creo que seas tan egoísta que quieras llevarte, solo, el dolor de vivir así.

P. LUIS (Adolorido) ¡Así...!

SACRAM. Así, Pedro Luis; es decir, de cara a la ad-

versidad. ¡Qué importa!... Mira yo he pensado muchas veces si será mejor que las cosas ocurran como Dios las dispone. Después de todo, si no estuvieras enfermo, no habría ocasión de que supieras lo que yo te quiero. (Acariciadora)

P. LUIS Ya lo sé. Eres piadosa conmigo, Sacramento. Más no tengo derecho a exigir de tí.

SACRAM Cuidadito, hijo; eso no se dice.

P. LUIS Cuando yo me enamoré de aquella señorita de Bojar...

SACRAM. ¿Eh?...

P. LUIS La hija de Julianico, el campanero...

SACRAM. (Sonriendo al recuerdo) ¡Huy, que lejos va la fantasía!... Entonces era yo la preferida en el pueblo, una muchacha para no asustar... vamos, algo guapa, según decían y según tú. (Con amable coquetería).

P. LUIS Como guapa, no tenías rival, ni como buena. De otro modo, ¿quién hubiera podido aguantar el mal genio de tu padre?...

SACRAM. ¿Te acuerdas?...

P. LUIS ¡Que si me acuerdo!... ¡Como si lo estuviera viendo! Pero yo no hacía caso. Sus rabietas pasaban pronto. Y luego... ¡nadie!: un corazón de oro. Claro que la razón de todo eras tú; porque cuando un hombre quiere de verdad y no para pasar el tiempo, los obstáculos, el peligro, las dificultades le estimulan. Y yo, a más de fundar en tí la ilusión de mi cariño sin límites, amaba tus cualidades, la honestidad de tu persona, la misma pobreza de tu vida que te permitía mostrarte como eras: sencilla, trabajadora, buena cristiana y mejor hija.

SACRAM. Exageras.

P. LUIS La verdad, sólo la verdad, ¡y aún me quedo corto!.. Luego...

SACRAM. ¿Qué?

P. LUIS Saber que dominaba yo en tu corazón...
SACRAM. Como dominas.
P. LUIS (Vacilando) No sé... ¡tú lo dices!...
SACRAM. Y tú debes creerlo.
P. LUIS Sacramento, me matarías si un mal pensamiento te aconsejara... ¡qué se yo!... Pienso locuras. .
SACRAM. ¡Pedro Luis!... (Sorprendida).
P. LUIS ¡No, no!... ¡Perdóname!... He sido torpe. Lo que yo quería decirte es otra cosa.
SACRAM. Habla.
P. LUIS (Estrecha las manos a Sacramento) El día que en la fábrica reventó la caldera y me inutilizó para siempre, empezó para tí una vida de martirio.
SACRAM. (Suplicante) ¡Por Dios!... ¡Déjate!... Repito que eres igual que los niños, testarudo y caprichoso como ellos. Inútil todo, mi deber es este: sacrificarme, trabajar por tí, luchar por tí, ganar un pedazo de pan ya que tú no puedes ganarlo. ¿Hago yo nada que no deba?...
P. LUIS Al contrario.
SACRAM. Pues entonces, desecha preocupaciones, vuelve a tu alegría de antes...
P. LUIS (Tristemente) ¡Imposible!...
SACRAM. Al menos, espera, ten fe...
P. LUIS La tengo.
SACRAM. Algunas veces la pierdes. La esperanza es la vida. ¿Quién te dice que Dios no puede hacer un milagro?... Mientras, piensa que nuestra hija ..
P. LUIS (Vehemente) ¡Alondra, Alondra!... ¡Vida mía!...
SACRAM. Es nuestro mayor orgullo y tenemos que hacer por ella.
P. LUIS Sí, pero tú...
SACRAM. ¿Yo?
P. LUIS (Con desesperación) ¡Cruel, cruel!... Porque también habrá horas en que tu juventud clame

y proteste. ¡Es justo Señor!... ¡Es justo!... ¡Si yo lo comprendo!... ¡Y lloro... y me desespero... y quisiera morirme para no soportar más esta pena!...

SACRAM. ¡Vaya!... (Tranquilizándole) Enfermito loco... (Pedro Luis está llorando) ¡Qué pucheros!... ¡Huy, que feo te pones!... (Le aprisiona la cara entre las manos y besa dulcemente) Es para reirse. (Se incorpora) Anda, vamos... Te diré una cosa de don Fermín. ¡Si vieras que gracioso!... Es un anciano simpático. (Le ofrece el brazo para que se levante).

P. LUIS (Trabajosamente se pone de pie, afirmándose en los hombros de Sacramento) ¿Y Angel?...

SACRAM. ¿Angel? .. (Con estrañeza)

P. LUIS ¿No estaba en Madrid?... (Despacito se dirigen a la derecha. Pedro Luis denota en su manera de andar que es paralítico)

SACRAM. Volvió ayer... Don Fermín lo envió a no sé qué asuntos. (Desaparecen)

ANGEL. (Como temiendo ser sorprendido, entra por la parte de jardín que se supone detrás de la casa. Escena muda. Al asomarse a la puerta por donde han salido Pedro Luis y Sacramento, óyense gritar a Alondra y Miguelón que vienen jugando de la parte opuesta del jardín. Angel se oculta)

ALON. (Con un hermoso ramo de flores) ¡Mamá!... ¡Mamá!... (Corretea y detrás de ella, Miguelón riendo escandalosamente)

MUTACIÓN



CUADRO SEGUNDO

HABITACIÓN muy modesta en una casa de pueblo. En los laterales y en el fondo, puertas.

SACRAM. (Por la izquierda. De puntillas, como para no hacer ruído. Vuelve la cara hacia el interior de donde sale, convenciéndose de que no la ven) Se durmió... Llevamos unos días de contínuo sufrir... Esto no es vida... Una mujer joven hecha una esclava desde que Dios amanece... ¡Vaya usted a saber!.. Ahora no quiere que salga a ninguna parte... que no háble con nadie... ¡Pues comeremos lo que nos traigan las golondrinas!... (Al fondo aparece Angel; se detiene un momento) Así es, que tengo las manos que es una lástima, y no podemos salir... Conque... (Saca del pecho una carta y lee; vuelve a guardarla) ¡Ay! (Suspirando) Como ilusión, pudiera ser... ¡Como realidad!...

ANGEL ¡Ninguna mejor! (Apasionado)

SACRAM. (Sorprendida) ¡Angel!...

ANGEL Yo soy. Perdón, Sacramento; para el que espera, la impaciencia es audacia. Vengo a saber de Pedro Luis.

SACRAM. ¡Pero!... (No sabiendo qué hacer).

ANGEL Creo que no es la primera vez que entro en esta casa. ¿O es que ya no somos amigos?...

SACRAM. Angel, ¡por Dios!... Sea usted prudente.

ANGEL ¡Usted!... (Con marcada intención).

SACRAM. No es el momento más oportuno...

ANGEL El amor no sabe de oportunidad ni repara en ella. Puede un hombre someterse a dura

prueba; pero ya es demasiado que la pasión que salta a los ojos se ahogue en la prudencia y en el silencio. No, Sacramento. (*Con vehemencia*) ¡Te quiero!...

SACRAM. (*Alarmada, dando muestras de viva inquietud*) ¡Jesús de Misericordia!... ¡Váyase, Angel!... ¡Pudieran oírle!... ¡Mi marido está ahí! (*Indica la puerta por donde salió*)

ANGEL ¡No me importa!

SACRAM. ¡Me importa a mí!... ¡Yo lo defiendo!

ANGEL Por caridad, ¡sólo por caridad!...

SACRAM. ¡Y por deber!...

ANGEL ¡Triste deber que obliga a fingir un amor que no se siente!... (*Acercándose a ella*) Porque tú no quieres a Pedro Luis... ¡Si no es posible!...

SACRAM. Más que quererle, idolatrarle; tener puestos en él mi afán y mi vida.

ANGEL ¡Mentira!...

SACRAM. Él no es culpable de su desgracia. Cuando un hombre cae, como él cayó, porque la fatalidad lo dispone así, la ley de Dios castiga a la compañera que no sabe guardar su honra. Faltarle... ¡nunca!... ¿Qué diría de mí la tierna carne sonrosada que lleva el nombre de mi madre?

ANGEL ¡Oh, Alondra!...

SACRAM. Alondra, sí, ¡mi hija!... Angel, usted desconoce lo que es eso... Una alegría y una inquietud que nacen a cada momento. ¡Si usted supiera con cuánto amor se abrazan y se besan cuando el alma está cansada de sufrir!...

ANGEL (*Bajando la voz*) Lo que entiendo es que tú sufres por cobardía, porque renunciar voluntariamente a la felicidad, a pretexto del deber que invocas, es cobardía.

SACRAM. No lo es.

ANGEL Deja al dolor (*Por Pedro Luis*) que se anegue

en sus lágrimas. ¡Vida, vida! Aquí no la tienes. Un día y otro, la misma desolación: el pobre enfermo... ¡un estorbo!; tú, dejando a tu belleza el cuidado de marchitarse poco a poco, en el ejercicio de la piedad. (Acentos de pasión) Tú debes de ser mía, ¡mía!... Posición, dinero, nombre... ¡todo te lo doy! (Sacramento se abandona a la seducción de las palabras de Angel). Dime que me amas; que esta loca pasión que me hace ser a tus ojos, violento y desbordado, encuentre el favor, siquiera, de tu simpatía...

SACRAM. ¡Calla, calla!...

ANGEL ¡Huir!...

SACRAM. ¡No!...

ANGEL El pueblo es la rutina de las horas iguales. Lejos de aquí, buscaríamos un nido donde vivir, a salvo de la murmuración, solos..., reinando tú en mi corazón y yo en el tuyo.

SACRAM. Te cansarías pronto.

ANGEL ¡Nunca!

SACRAM. Otras mujeres...

ANGEL ¡Nunca, nunca!...

SACRAM. Además... el remordimiento... haber causado un mal tan grande... tu familia... la austeridad de tu casa... el dolor de la mía... ¡No, imposible!...

ANGEL ¡Valor!...

SACRAM. ¿Quién lo da?

ANGEL Tu situación.

SACRAM. Habría de cambiar... no ser la que soy... amoldarme a la idea de no sentir la desgracia ajena...

ANGEL Pero tendrías lo que ahora te falta: sedas para tu cuerpo y besos de amor para tus labios.

SACRAM. A costa de mi deshonor... y tal vez de la muerte de Pedro Luis (Horrorizada) ¡Virgen de la Caridad! (Con repentina decisión) Olvídeme,

Angel; piense que lo que hemos hablado fué sólo hijo de un momentáneo desvarío.

ANGEL. ¡Entonces?...

SACRAM. Tome su carta, (Se la da) y como si no hubiéramos imaginado esta locura. Venía usted a saber de Pedro Luis. Pues mi marido está mejor. (Angel duda y no acierta a contestar)

ANGEL ¿Te burlas?...

SACRAM. No.

ANGEL (Mirando a un lado y a otro para asegurarse de que no es visto) De cualquier modo, mía has de ser. (Intenta abrazarla)

SACRAM. ¡Angel! (Lo rechaza)

ANGEL Y he de aprisionar tu boca aunque tú no quieras. (Va a besarla; pero se oye, dentro, la voz de Pedro Luis que llama a Sacramento)

SACRAM. ¡El!...

ANGEL (Que retrocede hacia la entrada) ¡Una palabra de esperanza!... ¿Irás?... ¿Nos veremos después?...

SACRAM. ¡No puede ser! .. ¡Olvídeme!...

ANGEL ¡Dime que irás!... ¡Yo estaré al acecho!. . (Sale. Sacramento esconde la cara entre las manos y solloza; luego se pone a coser ropa blanca. En este momento aparece el enfermo, como sobresaltado, apoyándose en las paredes)

P. LUIS ¿No me oyes?...

SACRAM. ¡Ah!... ¿Tú?... ¿Pero no te habías dormido?... (Se dirige a él y le sostiene. Pedro Luis deja caer la cabeza en el hombro de Sacramento. Pausa).

P. LUIS ¡Qué mareo!... (Van hacia el centro de la escena y se sientan el uno al lado del otro. Ella vuelve a su abandonada tarea de la costura) Cerrar los ojos y echarme a soñar disparates, ha sido todo una misma cosa. ¿Contigo no había nadie, verdad?...

SACRAM. ¿Conmigo?

P. LUIS Sí, ahora...

SACRAM. Nadie, es decir, según.

P. LUIS Según qué.

SACRAM. Hombre, no sé a lo que te referirás. Conmigo estaba ahora mismito... (Queriendo aparecer risueña) pues mi novio (Rie)

P. Luis ¡Qué tonta eres!... No, en serio

Sacram. En serio... Un novio que tengo para hablar con él cuando tú duermes. Guapo, buen mozo, muy alegre. .

P. Luis ¿Te ríes?

Sacram. ¡No me he de reir!... ¡De tí!... ¿A quién se le ocurre preguntar lo que tú preguntas?... ¡Inocentón!... Vamos a ver... ¿qué has soñado?...

P. Luis Muchos disparates.

Sacram. Cuéntamelos.

P. Luis ¡Hay que ver lo que hace la imaginación!...

Sacram. Travesuras.

P. Luis Algo más. Piensa uno cosas que en el mundo real son imposibles.

Sacram. ¡Claro!...

P. Luis ¡Con qué facilidad se viaja... hala, hala, sin darse uno cuenta, por todas partes... a campo traviesa, cielo arriba!... Y se goza y se sufre, como si de verdad estuviera pasando lo que soñamos.

Sacram. Te advierto que hay sueños que luego no lo son. A mí me ha sucedido, por ejemplo, estar esperando una buena noticia y recibirla al día siguiente; y pensar que mi hija viene corriendo a besarme y enseguida llegar Alondra.

P. Luis Bueno, pero tú sueñas despierta.

Sacram. ¿Ah, sí?...

P. Luis Lo que yo digo es otra cosa. ¿A quién creerás que he visto entrar aquí hace un momento?...

Sacram. ¿Soñando, se entiende?

P. Luis Precisamente.

Sacram. No acierto...

P. Luis Al hijastro de don Fermín.

Sacram. (Impresionada) ¿Angel?

P. Luis Angel (Breve pausa de emoción durante la cual Sacramento disimula su contrariedad) ¿Te sorprende?

SACRAM. No. ¡Como tienes esa manía!...

P. LUIS Pues verás. Te había escrito él una carta hablándote de su cariño. ¿Es cierto?

SACRAM. ¿Que si es cierto?... ¿Pedro Luis estás soñando todavía?...

P. LUIS ¡Ay, perdón!... ¡Qué cabeza la mía!... Estoy aturdido; porque, mira Sacramento: la escena me ha hecho despertarme con esta incertidumbre y este mareo. El intentaba arrancarte del dolor en que vives, inspirándote olvido hacia mí... ¡Miserable!... ¡Quiso besarte!...

SACRAM. (Con impaciencia) Y yo...

P. LUIS ¿Tú?... Al principio...

SACRAM. ¿Qué?

P. LUIS Le hubieras dejado...

SACRAM. ¡Oh, no!...

P. LUIS Es que no eras tú, sino el encanto de la seducción... la pasajera locura... ¡quién sabe!... Sin embargo... Oye, ¿qué será que en las almas hay... no sé como decirte... relámpagos de duda, de alucinación y de arrepentimiento?... Tú, dudaste...

SACRAM. Sería de él, de Angel.

P. LUIS Y luego pensarías que más vale el amor de Dios que la risa del diablo...

SACRAM. ¿Por qué dices eso?

P. LUIS Porque... No, si ya no se más... Abrí los ojos como asustado y empecé a llamarte. Me dolía el corazón... ¿Y la nena?... (Llora Sacramento) ¿Estás llorando, Sacramento?... (Ella no contesta) ¡Lo único que me faltaba!...

SACRAM. ¡Por tí! .. Yo no quiero que sigas viviendo con esa intranquilidad. Soñando o sin soñar ¡siempre lo mismo!... ¿Es justo que te atormentes de ese modo?...

P. LUIS Tonta, si ya no pienso en nada... Ha sido... obra de la pícara imaginación, que como no duerme... Pero yo sé que tú eres buena.

SACRAM. Parece que no quieres reconocerlo. Cuando yo voy a casa de don Fermín a llevar encargos de ropa a la señora, que lo es y muy principal, como tú sabes, doña María, nunca o casi nunca está allí Angel. La razón no la sé; pero su padrastro bien severo que es con él, y si es doña María, no digamos, con exceso.

P. LUIS Es un libertino, hijo del escándalo y de la riqueza heredada. Lo que pasa es que sabe fingir; pero en el fondo lleva el veneno. No debe de envanecerse ningún hombre de haber causado la deshonra de una mujer, y Angel, que no conoce el valor del dinero porque nunca ha sabido ganarlo, no sólo se envanece, sino que alimenta su cinismo con las lágrimas de las desgraciadas. (Con indignación y desprecio) ¡Señorito!... Poco señorío, el que no obedece a las buenas acciones. Eso se guarda aquí. (Se da un golpe en el corazón)

SACRAM. Conmigo ..

P. LUIS Contigo... porque eres como Dios manda y quieres honra y sabes sufrir.

SACRAM. El tampoco ha hecho nada malo... Que una vez... sí, a poco de entrar yo en su casa... ¡bobada! empezó a galantearme... cosa del momento... de la novedad .. Una costurera nueva...

P. LUIS ¿Nada más?... (La mira atentamente)

SACRAM. Yo le contesté lo que debía y en paz. No ha vuelto a repetirse la escena. Al contrario, atento y respetuoso, interesándose por tí, por tu salud...

P. LUIS ¿Pero nada más ha ocurrido?...

SACRAM. Nada más. ¿O es que todavía dudas?...

P. LUIS (Como abstraído, volviendo a recordar lo soñado) Quería besarte... ¡Ah canalla!... ¿Pues qué, yo no podré defenderme si llega el caso?...

SACRAM. (Con ansiedad) ¿De qué?... ¿De quién?... (Aproximándose a él).

P. LUIS No... déjame... no me hagas caso... ¡Tengo un malestar!. .

SACRAM. Pedro Luis... dime una palabra de cariño, siquiera una... ¿Me quieres tú?...

P. LUIS ¿Y tú, me quieres?...

SACRAM. ¡Con toda mi alma!...

P. LUIS La mía no sabe aún si, a los doce años de casados, te quiere o no. Tuya mi voluntad, soy como un pobre pájaro aprisionado en tus manos. . ¿Será amor o algo más que el amor mismo?... La vida no vuelve para uno; si volviera seríamos ahora como dos niños entretenidos en un juego. ¡Aquella risa, aquél no dejar de mirarte a los ojos! ¡Quién había de imaginar entonces que la que invadía por entero mi juventud alborotadora, iba a ser una hermana de la caridad para el que la ilusionaba!...

SACRAM. ¿Ves? Eso es lo que yo no quisiera oirte, y eso es lo que tiene la culpa de que tú eches a volar el pensamiento. Hijito, las hermanas son esposas del Señor: yo no voy para monja, mientras tú me vivas.

P. LUIS Que será poco tiempo.

SACRAM. ¡Como que ya has puesto tú una señal para no pasar más adelante!... Pues hasta que Alondra se nos case, y a tí se te caiga la baba oyendo hablar a los nietos, y a mí se me ocurra teñirme el pelo para disimular un poco la vejez. (Alegría natural y bien sentida).

P. LUIS ¡Dios lo quiera!...

SACRAM. ¡Claro que querrá!... ¡Ea!... ¿Me das palabra de ser juicioso?... (Muy sonriente).

P. LUIS Manda tú.

SACRAM. ¿No soñarás más disparates?...

P LUIS (Sumiso a la ilusión del momento) No.

SACRAM. (Acariciándolo) Así, así... ¡Corazón de santo!...

(Viendo entrar a su hija por la derecha) Mira, aquí viene la alegría de la casa.

P. Luis ¡Chipitusa!...

Sacram. Que te cuente lo que le pasó esta mañana a Miguelón. (Vase izqda.)

P. Luis ¿Qué fué?...

Alon. ¿Pero tú no lo sabes, papá?

P. Luis No me has dicho nada. ¿Dónde andas que no te he visto en toda la tarde?...

Alon. Con los pájaros.

P. Luis ¡Alondra al fín!...

Alon. A la tortolilla se le ha roto una pata.

P. Luis ¿Y eso?...

Alon. Que se habrá metido en los alambres del palomar.

P. Luis ¡Animalito!... Oye Alondra, ¿has visto tú entrar aquí alguien?...

Alon. ¿Cuándo?...

P. Luis Hoy, esta tarde...

Alon. Yo, no. ¿Por qué?

P. Luis Por nada. Y Miguelón... ¿qué fué eso que dice mamá?...

Alon. ¡Si vieras que risa!...

P. Luis (La estrecha entre sus brazos) Cuenta, cuenta.

Alon. El infelizote, como tiene esa manera de reir y ¡ju, ju! y ¡ju, ju!... que parece un cuco, pues empezó a burlarse esta mañana de don Acacio, el maestro de escuela. Ya sabes que el pobre don Acacio...

Mig. (Dentro) ¡Niña Alondra!... ¡Niña Alondra!.. (Aparece por la derecha).

Alon. Estoy aquí, animalote.

Mig. ¡Otra! (Ríe) ¡Y yo buscándola en el palomar!. . Ha entrao una zurita.

Alon. ¿Sí?...

Mig. Na hace, cosa de un relámpago. (Sale corriendo Alondra y detrás Miguelón) ¡No se vaya a espantar!...

P. Luis ¡Eh, Miguelón! (Incorporándose) Ayúdame, voy

con vosotros. (Vuelve el tonto y sujeta a Pedro Luis hasta desaparecer por donde el último entró).

SACRAM. (Luego de una pausa breve, en disposición de salir a la calle, con actitud que denote, a un tiempo, miedo y decisión. Observa, ve, curiosea para convencerse de que nadie la sorprende; y hace un bultito con algunas prendas de las que habrá en el cesto de la costura. Finalmente, avanza hacia el fondo, resuelta a huir; pero entra precipitadamente Alondra).

ALON. ¡Se voló!... ¡Se voló!...

SACRAM. ¿Que dices, niña?. .

ALON. La zurita... ¿Pero te vas tú? ..

SACRAM. Vuelvo en seguida.

ALON. ¿No me besas?...

SACRAM. (Sobrecogida de infinito entusiasmo maternal) ¡Hija!.. ¡Hija!... ¡Uno, dos y veinte que tú quieras, vida mía!... (La besa repetidas veces)

ALON. Quédate; ya sabes que papá no quiere que salgas a ninguna parte.

SACRAM. ¡Contigo!... ¡Contigo siempre!... (Abrazadas)

TELÓN

LOS PERIÓDICOS

«Sorprendidos por unas hojitas de mano, anunciadoras del estreno de «Alondra», encaminamos nuestros pasos al lindo teatro de verano, dispuestos a saborear estilo, galanura, ingenio...

Luis González López, el joven y laureado escritor que supo deleitarnos en horas de tedio con «Cautivo de amor», que más tarde nos dió su primera obra teatral, «La voluntad de Dios», nos ofrecía el sazonado fruto de una nueva producción literaria.

Levántase el telón, y González López sale a la escena siendo saludado con una nutrida salva de aplausos.

Reina el silencio; le oimos leer unas cuartillas, *aperitivo* de su obra, que como flageladoras disciplinas se dejaban caer sobre esos *acaparadores* del arte escénico, que sin otro bagaje literario que su cinismo y su audacia, se adentraron en los públicos validos de la incultura de éstos, logrando colocarse los primeros y ser la rémora constante a todo renacimiento del arte escénico.

González López, nos lleva con su teatro a una época nueva de selecto y exquisito arrobamiento espiritual.

Las escenas de «Alondra» llevadas al teatro con maestría y realidad, son trozos de la vida, que supieron sentirlos los intérpretes de la obra, señoritas Gámez y Moreno y los señores Puyol (F. y J.) y Pepe Gámez.

No nos es posible, cual fuera nuestro deseo, analizar la obra, exponiendo todas y cada una de sus situa-

ciones entresacadas del más puro realismo; pero baste decir que Luis González López es de los privilegiados y de los llamados a conseguir lauros en el arte dramático, pues drama del alma es la escena final de «Alondra».

A los merecidos aplausos que repetidas veces sacaron a escena al autor, una los nuestros, sinceros y modestos, pero nacidos del alma, por este nuevo triunfo, el amigo Luis.

(De *Claridades*, Jaén)

Una vez más nos ha ofrecido Luis González López las flores de su ingenio con el estreno de un poema escénico, dividido en dos cuadros y titulado «Alondra».

La obrita va precedida de un prólogo que leyó el propio autor, especie de auto crítica y crítica general del teatro moderno fustigando el género astrakán, hoy de moda.

«Alondra» tiene en su primer cuadro escenas de delicadeza pastoril de un puro y refinado clasicismo.

La parte dramática se desarrolla en el segundo cuadro y es de emocionante interés, con un desenlace muy humano.

Abundan en el dialogado frases sentenciosas que mantienen vivo el interés del auditorio, saturadas de exquisita literatura, a la que nos tiene acostumbrados el aplaudido autor, que con esta obra ha conquistado nuevo laurel a sus ya señalados triunfos.

Muchos aplausos recibió y a él unimos el nuestro con un fuerte abrazo.

(De *El Liberal de Jaén*, Jaén)

Anoche se estrenó en «El Norte» el poema escénico en un acto y dos cuadros, precedido de un prólogo, «Alondra», original del aplaudido autor local y compañero en la Prensa D. Luis González López.

Lástima fue que, mediada la representación, el público distrajera su atención repartiéndola entre el escenario y la tormenta que amenazaba; por esta ra-

zón no podemos hacer un exámen detenido de la obrita; pero no terminaremos sin dedicar un elogio justo y merecido, al prólogo de la obra, que fué leído por el autor en medio del mayor silencio, en la propia escena.

Hermosas fueron en verdad las cuartillas que Gonzalez López leyó y en las que refleja fielmente la vida del teatro en sus diferentes aspectos, así como deja entrever su alma de artista, sentimental, romántica y profundamente conocedora de la vida y sus escollos.

Al final, el público tributó al artista (porque obra de artista fué lo que nos dijo) una cariñosa ovación así como a la terminación del primer cuadro, se repitieron los aplausos, que fueron extensivos a los intérpretes señoritas Moreno y Gámez y a los señores Gámez y Puyol (D. Joaquín y D. Francisco).

(De *El Pueblo Católico*, Jaén)

Con la impresión sentimental que produce el poema escénico que sirve de encabezamiento a estas líneas y del cual es autor el joven escritor Luis González López, culto oficial del honrado Cuerpo de Correos, escribo esta croniquilla.

Quisiera poseer las bellas cualidades, la ilustración que tiene el autor de «Alondra» para dedicarle el justo elogio que su poema merece.

Luis González, que ha convivido entre nosotros, es cosa que nos pertenece, por eso le queremos en esta redacción.

Nuestras colecciones guardan cual preciada alhaja, sus primicias, por decirlo así, sus primeros trabajos literarios.

Por eso a nadie hemos de ocultar la emoción que nos ha producido el verlo recibiendo, convertidos en aplausos y delirantes ovaciones, la corona del triunfo que el pueblo de Linares le ha dedicado.

He ahí la causa por la cual cuando muchos entraban en el escenario para estrechar su mano, nosotros no hemos querido hacer lo propio. Temíamos que al

no encontrar palabras con que expresar nuestra satisfación, nuestro regocijo, pudiésemos turbar su alegría.

Justo es reconocer que han contribuido también al éxito de la obra los actores que en la misma han tomado parte.

La genial Teodora Moreno, en su papel de «Sacramento» se reveló como una excelente comediógrafa, dándole a las escenas el matiz que cada una requería.

Luisa Gámez, en «Alondra» muy ingenua y pizpireta.

Pepe Gámez, apasionado, digno de los mayores elogios.

Joaquín Puyol, supo darle a la escena 2.ª del acto segundo toda la intensidad dramática que el caso requería y su hermano Paco, muy bien.

¡Hay que hacer justicia!

La obra ha sido, pues, estudiada con fé, con ahinco por los actores que la desempeñaban.

El prólogo recitado por el autor, lindísimo, sentimental y muy bien presentada la escena.

Cuantos han presenciado el estreno de «Alondra» han salido satisfechos de ella y con deseos vivos de verla representada de nuevo.

Nuestra felicitación más sincera, más leal, de hermanos, para Luis González López, haciendo partícipes de esta nuestra felicitación a los intérpretes de «Alondra» —AMANDO A. SPES.

(De *El Noticiero*, Linares)

Por la compañía de Teodora Moreno y Pepe Gámez ha sido estrenada una comedia del notable literato D. Luis González, con el título de «Alondra»

«Alondra» es una comedia fina, noble y sentimental, donde el amor de madre y el amor de la hembra riñen una gran batalla, disputándose el predominio de la vida.

Un hombre joven, enérgico, trabajador, cae brutalmente destrozado por una máquina que se lleva no tan sólo las piltrafas de la carne, sino también el cariño de la mujer querida.

Esta mujer se ve amenazada seriamente, entre los alientos de la carne que la devoran y las voces del espíritu que la piden resignación para sobrellevar su eterno calvario.

Por fin va a triunfar el diablo. Sacramento va a huir con el galanteador cobarde que la cerca. Pero un hado divino, un ángel de amor, «Alondra», corta esta escena terrible, presentando sobre el cariño humano y egoista, el amor divino y generoso.

Este es el asunto. La obra por otra parte está muy bién dialogada, con gran soltura y precisión. D. Luis González salió a escena repetidas veces.

Teodora Moreno interpretó su papel de una manera tan humana que se hizo acreedora a los elogios de la crítica y a los aplausos del público.

Pepe Gámez es el actor sobrio y justo, que en los escenarios de Madrid tantas veces sa ha hecho aplaudir.

Joaquín Puyol y Francisco P. Albéniz son dos actores excelentes que tendrán muchos éxitos.

Y de Luisita Gámez, la «Alondra», la muñeca ideal, toda alegría y gentileza no hace falta que hablemos. Su arte habla por ella.

En suma, autor e intérpretes son necesarios en un teatro de la Corte.

(Del *Heraldo de Madrid*, Madrid)

En el teatro de San Ildefonso ha estrenado la compañía de Teodora Moreno una sentidísima comedia, original del conocido literato don Luis González López, titulada «Alondra».

Una sencillísima fábula da ocasión al señor González López para hacer gala de un brillante estilo avalorado por un escogido léxico, sin que el rebuscamiento de la frase ni del vocablo, para buscar efectos en el diálogo, se vean por parte alguna. Tiene el señor González tal dominio de nuestra hermosa habla, que no es en él empresa ardua ni mucho menos, deleitarnos.

La acción de «Alondra» se desarrolla plácida y

tranquilamente en el primer cuadro, teniendo ligeros tintes dramáticos en el segundo. La habilidad del autor intercalando escenas donde reina la alegría, entre aquellas que tocan los límites de lo drámatico, cosa muy poco frecuente en autores noveles, forman tan agradable conjunto, que hace transcurrir los dos cuadros de «Alondra» en una gran placidez, y sea escuchada la nueva producción con gran complacencia.

Perfectamente estudiados los tipos, que pudiera decirse sin temor a hipérbole que están arrancados de la realidad, con los personajes precisos para el desarrollo de la acción y sin la interminable sucesión de escenas de relleno que aturden y marean, y utilizando estrictamente los necesarios personajes, el señor González López, en su «Alondra», nos plantea un hermoso problema moral que resuelve dentro de lo humano.

No es una comedia en un acto, material suficiente para juzgar a un escritor que empieza, y sí por esta razón no puede predecirse donde llegará el señor González López siguiendo el derrotero emprendido; sin embargo, puede afirmarse de un modo concluyente, que el nuevo escritor posee las excelentes e imprescindibles cualidades de que hablaba el clásico: pensar alto, sentir hondo y hablar caro.

El señor González fué muy aplaudido al terminar cada uno de los cuadros, teniendo necesidad de presentarse en el escenario acompañado de los intérpretes de su comedia.

Nuestro incondicional aplauso al novel autor y nuestro leal consejo de perseverar en el camino emprendido en el que logrará aplausos y dinero.—Juan Antonio Carpio.

(De *El Pueblo*, Madrid)

La compañía de Teodora Moreno y Pepe Gámez, que actúa con éxito extraordinario en el teatro San Ildefonso, de Linares, ha estrenado la comedia del notable literato D. Luis González, titulada «Alondra».

La obra obtuvo un éxito grande y el autor fué ovacionado.

Teodora Moreno y Pepe Gámez, hicieron una labor como cumple a sus prestigios, contribuyendo al éxito.

El *Heraldo* habla de Luisita Gámez y dice: «De la «Alondra», la muñeca ideal, toda alegría y gentileza, no hace falta que hablemos. Su arte habla por ella».

En suma, autor e intérpretes son necesarios en un teatro de la Corte.

(De *La Unión Mercantil*, Málaga)

En Jaén y por la compañía de la notable actriz Teodora Moreno, se ha verificado el estreno del poema «Alondra», original del poeta local D. Luis González López. La obra bien planeada y desarrollada con acierto, logró interesar a los espectadores que llenaban el teatro, que ovacionaron a autor y artistas, obligándoles a presentarse muchas veces en el palco escénico.»

(De *La Unión Ilustrada*, Málaga)



PRECIO 1'50 PTS.